

El cerezo¹

El otro día tuve que cortar un árbol.
Era un viejo cerezo,
pequeño y frágil,
medio derribado -derrotado- por el último temporal.

Antes de cortarlo,
abracé su tronco retorcido y áspero
y le pedí perdón
por lo que iba a hacer.

Con cada golpe de hacha
-tañido fúnebre que cortaba el silencio de la tarde-
desgajaba su cuerpo, rompía sus entrañas,
carcomía mi dolor.

Apenas daba fruto cada primavera,
alimentando a unos pocos pájaros y avispas,
y su sombra era tan mínima y precaria
como la mía.

En su fragilidad perenne,
en su corteza tosca, pero siempre acogedora,
en su savia palpitante, a pesar del peso de los días,
en su fruto escaso y pobre,
lo sentía yo hermano de mis soledades y desamparos.

Hoy camino más despacio.
El sol apenas deja ver sus últimos rayos

¹ Este texto fue publicado originalmente en el blog [Abrentes](http://abrentes.com), 7 de octubre, 2018. Está sujeto a una licencia Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/>.

